

La pandemia como expresión útil a la manipulación mediática

Yulieth Guerrero⁷

29 de abril de 2020

Una de las características de la sociedad industrial, es la existencia de medios masivos de comunicación. Tal como lo mencionaba Umberto Eco, para que exista comunicación de masa, deben existir tres cosas fundamentales: la primera, una sociedad industrial que opere los canales de comunicación; la segunda, una masa de receptores; y, la tercera, los productores de los mensajes. Cuando en la clase de semiótica y comunicación visual tocaba el tema de la comunicación de masa, siempre abría el debate sobre este último aspecto: los productores de mensajes. Los estudiantes ingenuos aún se consideraban a sí mismos y a su profesión futura, fundamentales en este asunto. Sin embargo, era necesario que aterrizaran

⁷ Artista Plástica de la Universidad Nacional de Colombia, Arquitecta de la Universidad Santo Tomás. Coordinadora de Investigación e Innovación de la Fundación Universitaria Juan de Castellanos. yuliguerreronieto@gmail.com

a la realidad histórica, para que comprendieran que los productores de los mensajes no son los diseñadores gráficos ni los comunicadores, y que esta producción está determinada, al menos, en este modelo económico, por el poder ejercido para el consumo; finalmente, después avanzar en la clase se comprendía que si bien en un primer momento la producción de mensajes fue potestad del Estado y que esto sirvió tanto para la revolución como para las dictaduras fascistas, ahora con el auge neoliberal, los mensajes están bajo el poder de los grandes grupos económicos supra estatales.

Dicho esto, que no es para nada nuevo, es importante analizar lo que sí es relativamente nuevo: “la pandemia por el coronavirus”, y cómo se ha utilizado como una expresión al servicio de esta producción de mensajes para subordinar a la ciudadanía. En este sentido, es propicio traer a colación esa clarividente reflexión de Noam Chomsky⁸ sobre las 10 estrategias de manipulación mediática, y cómo se han ido aplicando progresivamente con el avance de la pandemia.

La distracción. Que en este caso es también la desestimación de la realidad. Al empezar a conocerse, evidencia científica sobre lo que estaba sucediendo en China, lo primero que

⁸ Noam Chomsky (Fildelfia, 1928), Lingüista y filósofo estadounidense. Se constituye como una de las voces más potentes en el análisis social, político y económico en el siglo XX y XXI.

ocurrió fue una desestimación y minimización de la situación. Los líderes de los gobiernos en alianza con los macroempresarios, los gerentes de los megamonopolios industriales, los banqueros, etc., replicaron incesantemente que había una exageración y que estábamos simplemente frente a una gripa como todas las gripas comunes, así todo el inicio del 2020 fuimos distraídos sistemáticamente para que no entendiéramos lo que estaba pasando en el mundo. Esta primera estrategia ha tenido las consecuencias ya experimentadas y aún por experimentar: aquellas derivadas de la nula preparación para enfrentar un serio problema de salud pública. La desestimación empezó en Europa, soberana del mundo occidental, siguió en Estados Unidos y se replicó por América Latina. El día que escribo esto, Estados Unidos es el país con el mayor reporte de muertes y contagios, seguido por España e Italia; y, en América Latina, Brasil resulta ser uno de los países con mayor cantidad de afectados. Todos estos países que menciono superan ya las muertes en China. Solo como un dato de la distracción, de acuerdo con *Getdaytrends Colombia*, el 15 de enero la tendencia en twitter fue #Lopagarasumadre (alusión al rechazo de pagar por ver fútbol colombiano a través de Win), el 15 de febrero una de las tendencias que se mantuvo a lo largo del día fue #TourDeLaProvence, pues Nairo Quintana estaba en esa carrera como uno de los opcionados al título; y el 10 de marzo, cuando ya estaba el virus en el país, la tendencia fue #FelizMartes. Feliz martes, cuando el mundo estaba ya en los peores momentos de la crisis por el número desbordado de contagios, pacientes en UCI y fallecidos.

Crear problemas y después ofrecer soluciones. Si bien es evidente que una pandemia no es controlable, es igualmente claro que al menos en América Latina tuvimos el suficiente tiempo para prevenir que el contagio tomara las proporciones que ha tomado. ¿Qué pasó entonces? Se creó el problema. Al no hacer ningún plan efectivo en los aeropuertos, al no implementar realmente controles fronterizos –y no hablo de cerrar las fronteras, medida absurda por lo demás– se permitió el avance del virus de forma más expedita. ¿Qué pasó luego? La solución: cuarentena, aislamiento obligatorio, medidas económicas –en la mayoría de los casos inconstitucionales–. De repente, esos mismos gobernantes que pudieron hacer algo tempranamente y no lo hicieron, resultaron siendo los héroes de la jornada al proponer las soluciones que, por supuesto, llegaron tardías, pero que finalmente agradecemos sumisamente. Junto con las medidas del confinamiento, vinieron las soluciones propias de la crisis económica creada y se abonó un camino sin obstáculos para el desmantelamiento de los derechos adquiridos, entre ellos los laborales.

Gradualidad. Esta estrategia, que al parecer no sería apta en tiempos de crisis, ha sido activada de una manera sorprendente: todos los días hay una nueva medida. Primero, aislamiento, después desconocimiento de derechos fundamentales, más tarde salvación a los fondos privados de pensiones y la reforma por debajo de cuerda al sistema de pensiones; luego, estudio sobre la posibilidad de permitir despidos colectivos y suspensión de contratos, seguirán “impuestos transitorios” como el 4x1000, flexibilización laboral (más de la que ya

hay), y esta gradualidad diaria se esconde detrás de lo supuestamente necesario para salvar vidas. ¿Por qué la gradualidad funciona tan bien en esta crisis?, Bueno, primero no da lugar a la reacción; segundo, no hay posibilidad de protesta masiva.

Diferir. Para garantizar la aceptación, es mejor diferir la implantación de medidas poco populares. Un claro ejemplo de esto fue la decisión de rebajar los aportes a pensión por parte de los independientes y las empresas. Además de utilizar la segunda estrategia, la de la gradualidad, aquí diferir resulta clave. La medida parece ser popular en principio; pero, no lo es, la rebaja no es rebaja, es un aplazamiento real del pago y, peor aún, cuando la persona, si es que lo logra, cumpla los requisitos para la pensión, le dirán: es que le faltan tantas semanas, ¿se acuerda de la pandemia? Y solo allí se hará evidente y ya no habrá nada que hacer. Lo mismo aplica a la supuesta rebaja de intereses de los bancos o el eximir el pago de servicios públicos. No hay tal. Los intereses no se rebajan, se aplazan y los servicios que no se paguen ahora se pagarán más tarde, cuando ya no hay lugar a la queja o a la protesta. Diferir es algo que se suele aceptar con tranquilidad, porque el impacto no es directo, es a largo plazo y porque además estamos diseñados por el sistema para creer que todo será mejor.

La infantilización. Junto con la desestimación de la realidad, vino la infantilización. No porque ser infante sea malo, sino porque infantilizar como estrategia de manipulación implica despojar a las personas de un grado de responsabilidad frente al mundo que vive y

de despojarlo también de la divergencia y el cuestionamiento. La infantilización es una de las estrategias más crueles al servicio de la manipulación mediática, porque atenta contra la dignidad. Fue así que, de un día para otro, se suspendieron los derechos civiles de la reunión, la educación, la movilización. Empezamos a ver como los más grandes desvalidos de la humanidad a los niños, las mujeres, los jóvenes, los mayores de 60 años, que, en aras de hacerlos ver como la población a proteger, resultaron confinados en situaciones muchas veces insostenibles para nuestra realidad tercermundista. De repente, entonces, los niños y personas de tercera edad resultaron ser objeto de un supuesto cuidado que, en verdad, disfraza la noción de “estorbo”. Digo supuesto, porque no hay condiciones para su vida funcional. Los adultos mayores terminaron siendo “nuestros abuelitos” y los niños, “nuestros niños”, así con pronombre posesivo, pues no son capaces de valerse por sí mismos, o al menos eso indica la famosa “nueva realidad”, una nueva realidad que no priorizó a los mayores y a los niños, sino que simplemente los sometió a condiciones de aislamiento insostenibles. La otra forma de infantilizarnos como masa, fue decirnos que todo seguía igual, pero desde la casa. Así nos metimos en las lógicas repentinas del teletrabajo, la teleeducación, la telediversión y toda nuestra vida pasó a ser mediada por una pantalla, bajo la premisa de que todo seguía igual y que nuestro deber sin cuestionar es adaptarnos a una vida que es igual pero diferente.

Apelar a la emotividad antes que a la reflexión racional. En este caso, hay dos polos para re-

flexionar: el primero, la caridad disfrazada de solidaridad, ¿qué toca más las fibras sensibles que ayudarle a un niño que no tiene que comer? Sin embargo, la caridad y la solidaridad son dos cosas bien distintas. En principio, no debería haber en un estado social de derecho, en el siglo XXI, niños con hambre. No obstante, ahora se exagera la idea de que es necesario e inevitable que haya extrema pobreza y extrema riqueza —obvio, estamos en el capitalismo—. No discuto aquí todo el movimiento solidario que se gestó, por el contrario, lo aplaudo: saber que asociaciones campesinas en el Cauca se organizaron para enviar comida a sus familias en Bogotá, es algo que deja ver el sentido social que aún existe. Ser testigo de cómo las personas, al ver una bandera roja en su barrio, acudieron a llevar comida a sus vecinos con hambre, hacer parte de las personas que se organizaron para alimentar a los perros callejeros, etc. Pero, como lo dije antes, caridad y solidaridad son diferentes. La caridad exagera la emotividad, le sirve además como espectáculo ególatra al que da, es inmoral en la medida en que el que da despliega los medios para mostrar que dio. La solidaridad, por su parte, es genuina, no mediatiza el acto de compartir, no pretende reconocimiento y crea redes sólidas de cooperación a largo plazo.

El otro polo no se dirige a las emociones buenas, como el sentido de ayuda, sino a las malas como el odio y la discriminación. El ejemplo es toda la retórica que surgió para aprobar el rechazo al otro: los extranjeros trajeron el virus, es más, los chinos —en el sentido más peyorativo posible— crearon el virus; que primero salgan trabajar los más pobres (los que no

gozan del privilegio de confinarse en sus casas con posibilidad de seguir trabajando); que ser mujer u hombre determine la posibilidad de movilizarse, que selectivamente mantengamos a los niños y mayores en confinamientos casi carcelarios. Que los reclusos no tengan derechos. La discriminación encontró un caldo de cultivo en la pandemia.

Promover la ignorancia y la mediocridad. En este tema, sí que hay tela por cortar. Bastará con mencionar como se ha tratado a toda costa de mantener a la gente en la ignorancia. Ya se dijo que lo primero fue hacernos creer que no había pandemia ni virus ni problemas de salud pública, pues simplemente el Covid-19 era una gripa común. Así nos mantuvimos en América Latina casi por tres meses. Pero, ¿cómo se evidencia esto aún más hoy? En las redes sociales donde empezaron a circular miles de noticias falsas que han ido alimentando fantasías de todo tipo en la población, como que el virus se cura con eucalipto, o que tomar blanqueador puede servir para eliminar la infección. Tal será el efecto de esta red de ignorancia, que la aplicación WhatsApp tuvo que tomar medidas para evitar el reenvío de mensajes para evitar la propagación inescrupulosa de cadenas con información falsa. Otro ejemplo es que ya, desde enero, se veía la necesidad del uso de tapabocas, sin embargo, nos mantuvieron en la idea ignorante de que no era necesario y que solo el contagiado debía usarlo, claro como todos estamos seguros de no ser portadores —en el país que a la fecha tiene el menor porcentaje de pruebas por millón de habitantes—. Siguen aún hoy rondando ideas sobre que la situación no es nada grave y que debemos salir a la productividad sin ma-

yor reparo, al fin y al cabo, que se mueran los viejos es normal, que se mueran los pobres es normal, porque simplemente así es la vida, y la vida debe seguir sin ningún cuestionamiento y lo aceptaremos gracias a estar saturados de ignorancia.

Estimular la complacencia hacia la mediocridad. De eso estamos saturados. Las burlas, los chistes, la grosería, el irrespeto son el alimento de los medios de comunicación, las redes sociales y sus usuarios. Las tendencias en las redes pasaron de ser el #Coronavirus a ser #LuisaW, #CamiloYEvaLuna o #PetroNoTieneCancer. Y todos como cómplices caímos víctimas de esta complacencia.

Reforzar la culpabilidad de los individuos. ¿Y de qué podemos ser culpables como individuos en esta pandemia? De todo. Culpables de no adaptarnos a la nueva realidad. Culpables de no ser lo suficientemente resilientes. Culpables de tener necesidades. Culpables de gozar de pequeños privilegios (como el trabajo, un techo, una cama). Culpables de no ser productivos. Culpables de no tener educación financiera y ahorros para enfrentar la crisis. Culpables de vivir con maltratadores. Culpables de tener hambre. Culpables de ser extranjeros. Culpables de tener ansiedad. Culpables de no tener computador portátil y red de internet. Culpables de querer ver a los otros. Culpables de tener mascotas. Culpables de tener hijos. Culpables de tener afectos. Culpables de no manejar todos los gadgets de la tecnología. Culpables de ser viejos. Culpables de tener enfermedades crónicas. Somos culpables de todo.

Nos conocen mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. En el momento que Chomsky explicó esta estrategia (1990), no estábamos aún en el auge de la conectividad, la información y los dispositivos inteligentes como lo estamos ahora en el 2020. Hoy en día, ya nos hemos acostumbrado a recibir cotidianamente mensajes que parecen personalizados y ajustados a nuestros gustos (digo que parecen, porque en verdad es el resultado de una serie de algoritmos altamente híper analizados que se dirigen estratégicamente a segmentos del mercado, nosotros somos simplemente un número dentro de ese segmento). Si bien nos acostumbramos a ello, lo hacemos porque, de cierta forma, nosotros mismos alimentamos los algoritmos consciente o inconscientemente. Ahora nos enfrentamos a una realidad que pone, en primer plano, la hipervigilancia. Ya hemos sabido del éxito de la estrategia surcoreana en el control del contagio: la absoluta vigilancia de la ciudadanía: por dónde se mueve, cuándo se mueve, su temperatura, su ubicación en el tren, etc. En este caso, la estrategia es compatible con la de diferir y con la de crear el problema, y luego entregar la solución y la adaptación a la misma sin discernir. El filósofo Byung-Chul Han⁹ lo explicó muy bien al inicio de la pandemia en occidente: es posible que, en aras del control de la salud pública, se refuerce esa noción de que el sistema nos conoce mejor que lo que nos conocemos a nosotros mismos y que requiere por nuestra propia seguridad conocernos aún más. Nos avecina-

⁹ Byung-Chul Han (Seúl, 1958), Filósofo y ensayista surcoreano radicado en Berlín. Actualmente, es uno de los pensadores contemporáneos reconocidos por su crítica al neoliberalismo y las consecuencias del mismo en los sistemas sociales.

mos entonces, ya no solo a ser parte de los segmentos del mercado de consumo, sino a que nuestros datos –que engloban hábitos de consumo, comportamientos, sentimientos, ideologías, etc.– sean el alimento de un control absoluto de nuestras vidas y nuestros pensamientos. Así, cada vez nos conocerán más, tanto así que se tomarán decisiones en pro de “nuestro bien” y el de “bien de la sociedad” como en un escenario ampliado y presente de la película futurista *Minority Report*¹⁰ (2002).

Termino de escribir este texto y sigo viendo la aplicación sistemática de la manipulación mediática avivada por la pandemia, por un lado, la crisis se sigue utilizando para evadir la realidad (violencia, desigualdad, racismo, aporofobia); y, por otra, es en sí misma presa de la conveniencia mediática promovida por los monopolios tanto los económicos como los políticos e ideológicos, cuyo fin no es otro que el de mantener a la ciudadanía bajo un yugo de complacencia global.

¹⁰ *Minority Report* (2002), película dirigida por Steven Spielberg basada en un relato (1954) del escritor Philip K. Dick.